



El Avance

Ingrid BRENA*

1982, muy presente tengo que después de un angustioso tiempo de espera, finalmente fui notificada en tiempo y forma que había ganado el concurso de oposición para obtener la plaza de asociado C de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cubiertos los trámites correspondientes, me presenté en mi lugar de trabajo, ubicado en la Torre II de Humanidades, en Ciudad Universitaria.

El cubículo asignado era pequeño y sin luz natural, pues quienes gozaban del privilegio de respirar aire de la calle eran sólo los investigadores consolidados. Al otro lado del pasillo se encontraba el despacho del director, Jorge Carpizo, y a mi costado el de Rolando Tamayo, quien, junto con Bety Bernal, me había animado y apoyado para presentar mi oposición.

Como todo buen vecino, en mi primer día en el Instituto, Rolando me invitó un café de nuestra tierra, Oaxaca. Valga decir que aunque ninguno de los dos nacimos ahí, por tener genes zapotecos nos sentimos identificados con la Antigua Antequera. El negro brebaje me dejó alterada toda la mañana; no quedaba claro si el temblor de mis manos y lo acelerado del pulso se debían al café o a mi nueva experiencia laboral.

Como corresponde a todo investigador, comencé a recolectar material para iniciar mi tarea sobre el tema que, por recientes acontecimientos de mi vida personal, traía a flor de piel: el divorcio, con especial enfoque en la protección de los hijos de la pareja. Así, entre lecturas y notas, saludos y sonrisas amables en los pasillos (ya, desde luego, sin café), pasaron los tres primeros

* Investigadora y coordinadora del Núcleo de Estudios en Salud y Derecho del Instituto de Investigaciones Jurídicas.

días. Al cuarto llegué puntualmente: todo estaba vacío. ¿Qué pasará? Me pregunté —todavía no había ocurrido el temblor del 85, así que no se acostumbraban las prácticas de simulacro—.

La secretaria —pues en el piso sólo había una persona que nos atendía a todos— me informó: “los investigadores están en el Avance”. ¿En el qué? me dieron ganas de preguntar, pero me abstuve para no demostrar mi ignorancia.

— “Ah sí”, desde luego, “¿y en qué piso está el Avance?”.

— “Pues en el de arriba, en la biblioteca, donde más si no”. Repuso mi interlocutora.

Subí rápidamente y me dirigí a la Biblioteca. En cuanto llegué —un poco sofocada— me entregaron una serie de revistas en inglés y español para que clasificara las voces. Todos los investigadores estaban ahí; el barullo, compuesto por comentarios jocosos y apuntes elocuentes, agrupaban una gran camaradería. Empecé mi tarea con acuciosidad; cuando me di cuenta eran casi las 2:00 de la tarde y contemplé con terror que los compañeros empezaban a entregar el trabajo concluido. Me sentí exactamente igual que cuando se acaba el tiempo en los exámenes y los aplicados entregan su prueba lista, mientras el resto —o sea, yo— se queda sudando la gota gorda. Las 2:15 y todavía me faltaban cinco revistas.

Mi cara comenzó a denotar angustia y nerviosismo —y eso que no había tomado café oaxaqueño—. De pronto un rostro amable se me acercó y me preguntó “¿te puedo ayudar?”. El cielo se abrió: “bienvenido, claro que puedes, si eres mi salvación”, dije para mis adentros, pero sólo expresé: “bueno, gracias”. A pesar de que eran cerca de las 3:00 de la tarde, mi nuevo compañero y salvador, con gran paciencia, me enseñó cómo rescatar las voces de los artículos en poco tiempo. Nunca olvidaré la solidaridad demostrada por Chucho Orozco, pero creo que soy tan ingrata que nunca le he recordado la anécdota.

Pasó la primera semana. Más adaptada al trabajo, me fui haciendo amiga de Álvaro Bunster, de quien aprendí sobre Chile, sobre Allende y sobre Neruda —de quien era amigo personal—; Ulises Schmill, como era previsible, me introdujo a la teoría pura del derecho; con Ricardo Méndez-Silva las pláticas siempre fueron más personales, debido, sin duda, a nuestra similar forma de ver la vida; Martita Morineau, la “Thacher” —sobrenombre adjudicado por Rolando— nos ponía al tanto en los pasillos de los últimos acontecimientos del país, y Manuel Barquín nos llenaba con sus teorías tan originales. Además, desde luego, me acompañaba Bety Bernal, mi amiga más alegre y llena de vida, y Rolando, quien con paciencia de buen amigo, cumplía con el plazo de quince minutos que yo le concedía con actitud dictatorial para que me explicara algún tema que me tenía atorada.

Menciono a estos compañeros porque fueron los más cercanos en esta primera etapa, pero todos los investigadores de esos dos pisos de la Torre II de Humanidades se convirtieron en parte entrañable de mi vida y dejaron en mi la convicción de que había llegado al lugar al que pertenecía.

¿Cómo, cuándo pasó el tiempo suficiente para dejar de ser la nueva investigadora para convertirme en una de las “históricas”, como ahora nos llaman a los más antiguos y para que hiciera yo nuevos amigos? Carla, Chema, Paco. Las respuestas, desde luego, no son fáciles, pero puedo intentar encontrarlas en la continuidad de la vida, en el espíritu de camaradería que ha permeado en el Instituto, y como se dice por ahí, en el “amor a la camiseta” que nos une.